

La Loli sorprendió a la tía viuda de las Vinuesa perdón, era al revés pero las del Nuestra Señora Santa María nunca hacemos tachones cuando estaba sentada frente al tocador poniéndose la gargantilla con el camafeo ribeteado de brillantitos.

A los noventa y cuatro años estaba muy bien – aunque no era viuda y además había sido hija única, pero si la llamábamos de cualquier otro modo siempre había alguien que se hacía un lío y “¿y esa quién es que no caigo?”; se advirtió, por tanto, a las de Churruca de que siempre que la nombrásemos así debían entender que era su tía, la hermana mayor de su (difunto ) padre – , con la cabeza muy en su sitio y la costumbre desde hacía por lo menos treinta y cuatro de ir todos los miércoles por la tarde tanto en invierno como en primavera o en otoño (porque los veranos los pasaba en Saint-Tropez aun a pesar de haberle rogado que se quedase en Cercedilla, mucho más fácil y tan cerca; pero se negó como tenía un temperamento tan especial) a jugar a la canasta con sus amigas.

Aquel día, ya porque no fuese miércoles ya porque faltasen unos minutos para las cinco y cuarto que es la hora a la que la una se levantaba invariablemente del sillón después de dar una cabezada o pasasen de las seis y diez y la otra hubiese ya salido con la criada que la acompañaba a todos sitios, no era de prever que tuvieran que coincidir justo ahí y en ese instante.

Pero ahí estaban; se fijó la una en que con los pendientes largos de pedrería tan vistosa y los labios pintados a juego — porque la Loli para algunas cosas prestaba mucha atención a los detalles — con las uñas de los pies calzados con sandalias, de un fucsia casi morado, azul celeste y, la otra, echando ojeadas furtivas a algún lugar cerca de la ventana.

Asomando una un poquito la cabeza por detrás de la cortina que separaba el vestidor del pequeño gabinete donde se guardaban, en un cajón del secreter, algunas cosas de capricho y otras chucherías que una u otra consumía – no había manera de “quitarte esa costumbre tan tonta, cuando qué ni quién te lo impide; que como si quieres hartarte” — a escondidas y, la otra, en el espejo a su espalda.

– ¿Qué haces ahí? — le preguntó.

– Nada — contestó.

– Te habrás pensado que soy tonta.

– No sé por qué dices eso.

– “No sé, no sé” — dándose un toquecito de “rouge” en las mejillas y, tras un profundo suspiro, como si estuviese enormemente cansada —: ¡Si una hablase!

– ¿Y qué necesidad hay de hablar, si tú y yo nos entendemos con un cruce de miradas?

– Eso, mira, es verdad.

Expurgó con el índice por entre las menudencias del joyero, con la uña con su medialuna impecable en rosa pálido un poco perlado apartando esto o aquello como cuando se quitaban las piedrecillas antes limpiando las lentejas, para una vez decidida por unos aretes de zafiros pequeñitos pero que se les veía cosa de valor musitar en tono casi inaudible “¡qué tiempos!” y, poniéndose el de la oreja derecha:

– ¿Vas a llevarme?

– ¿Hoy, precisamente?

– Bueno... — contempló pensativa el arete como si no lo hubiera visto nunca jugueteando con la pedrería barata del suyo; siempre la había irritado un poquito aquella forma peculiar de estar, de decir, despaciosa y negligente como si nada le pesara nunca para, al fin, añadir —: Como Rosa se marchó anoche a su pueblo por lo de la comunión de la nieta, pensé que...

– ¿Así que era eso?

– ¿Y qué otra cosa podía ser?

– Yo que sé — valoró con un ojo el efecto de la ajorca puesto el otro, con un punto de desconfianza, en el cajón de arriba del secreter junto a la ventana; luego suspiró y sacudiendo la cabeza —: Cosas mías; no tiene importancia.

– Es muy amable por tu parte el haberlo pensado; pero, no.

– Pues muchas gracias.

– De todas formas, para la falta que hace una en ninguna parte...

– De cualquier modo — se acarició el pendiente, cavilosa, como dubitativa no sabiendo si... — no está de más que te tomes tu tiempo.

– ¿Hay que ponerse mordaz?

– No; no es eso.

Porque se llevaban muy mal y se culpaban — decir “mutuamente” o “respectivamente” sería mucho afinar; pero que se llevaban fatal sí que era fijo, y con afirmarlo solía bastar — en silencio de comerse a escondidas los bombones y las frutitas glaseadas que solían estar, mientras duraban, junto a unos guantes y un abanico que apenas se usaban salvo para ocasiones muy especiales y lo que solía denominarse “plena temporada”; pero la temporada no estaba siendo aquella tarde plena ni para lo uno ni para lo otro: para los guantes porque eran de esos largos de hasta por arriba del codo, en seda roja concretamente de los que suelen llevarse con muchas sortijas de brillantes por encima y mucho escote y, además, aunque hubiesen sido de tafilete o de cabritilla normal, apuntaba ya desde el amanecer el característico tiempo hermoso propio de la época; para el abanico tampoco porque, aunque las tardes empezaban a ser largas, la temperatura daba gusto pero no tanto como para necesitar darse aire.

Había que inferir — si se tiraba por lo grande, que en plan sencillo se admitía bastante bien “entender” o “comprender” o, en plan de medio lujo aunque sin demasiadas pretensiones, “deducir” — por tanto (o así las cosas que si no era ni verano ni invierno nada más que podría estar siendo otoño, en el peor de los casos, tan húmedo y tan gris, y, en el mejor, una de esas primaveras apabullantes, reventonas de capullos prometedores y brotes tiernos; pero, en cualquiera de los casos y aunque un sol tímido asomase los hocicos entre dos nubecillas esmirriadas, o los capullos hubieran ya roto su promesa, o, incluso, los brotes otrora tiernos hubiesen olvidado su ternura) que ni el abanico ni los guantes eran los objetos de las miradas furtivas al cajón de arriba del secreter de junto a la vent...

– ¿Qué es, entonces?

...